

FELISBERTO HERNÁNDEZ EN DOS MUJERES

PABLO ROCCA

Universidad de la República / Montevideo, Uruguay

I

RECUERDO (Y JUICIO) DE PAULINA MEDEIROS

“Tratemos de no hablar en los dominios en que somos absolutamente irreconciliables: problemas sociales; ciertas formas del realismo en el arte y sobre todo, observemos las libertades que necesitamos. [...] Y más quisiera recibirte a ti en silencio y que no cayeras en el error de que si hay silencio hay solicitud parcial y falta de todo lo mejor”

Carta de Felisberto Hernández a Paulina Medeiros, febrero de 1944.

En el verano de 1983, cuando aún era estudiante, me empeciné en investigar la obra de Felisberto Hernández (Montevideo, 1902-1964). Por esa época, a los trabajos pioneros de Ángel Rama, José Pedro Díaz, Ida Vitale y Norah Giraldi, se había sumado una serie de volúmenes que renovaban la lectura de la obra del gran escritor uruguayo: el coloquio de Poitiers coordinado por Alain Sicard y los libros de Roberto Echavarrén y de Francisco Lasarte. La dictadura retrocedía y el periodismo cultural, en las páginas de *La Semana* de *El Día*, *Opinar*, *Correo de los Viernes*, *Opción*,

La Democracia y otros medios, daba cuenta de esas relecturas y aportaba lo suyo.

La editorial Arca reeditaba, entonces en tres volúmenes, la *Obra Completa* de Hernández. *Libros del Astillero*, que en realidad era un sello de alternativa de Arca, volvió a sacar en 1982 el volumen *Felisberto Hernández y yo*. El libro recogía un testimonio de Paulina Medeiros (Tacuarembó, 1905- Montevideo, 1992) y buena parte de la correspondencia que la autora había mantenido con Hernández, con quien se vinculó sentimentalmente entre 1943 y 1947. Ese libro había sido uno de los últimos publicados por la Biblioteca de Marcha en 1974 y, para los que habíamos nacido a principios de los años sesenta, era un emblema de una época que se nos había robado.

Paulina Medeiros tenía una vasta trayectoria en la vida cultural. Activa militante contra la dictadura de Gabriel Terra (1933-1938) padeció cárcel y debió exiliarse en Buenos Aires; participó, asimismo, en organizaciones gremiales de escritores (la Asociación Uruguaya de Escritores, AUDE, por ejemplo). Publicó varios libros de poemas (*Calle de otoño*; *Fronda sumergida*, etcétera) y muchos volúmenes de narrativa (*Las que llegaron después*; *Río de lanzas*; *El faetón de los Almeida*; *Miedo, su servidor*; *Resplandor sobre el abismo*, entre otros); había participado en algunas publicaciones literarias importantes de los años treinta, como *Alfar* o los *Cuadernos Julio Herrera y Reissig*.

Una mañana visité a Paulina Medeiros en su apartamento, en el edificio que aún está en la proa que forman las calles Guayabo y Jackson. Me recibió entre sorprendida y renuente. En un principio no se mostró muy entusiasmada con un diálogo sobre Felisberto Hernández, pero al fin aceptó que le entregara un cuestionario al que, unos diez días más tarde, contestó a máquina. Una versión muy reducida de ese texto apareció el 5 de octubre de 1984 en el semanario montevideano *Jaque*, acribillado de erratas, tantas que llegaron a infiltrarse hasta en mi propio apellido. Ahora, por primera vez, aparece el cuestionario completo con todas sus respuestas, salvo unas pocas preguntas demasiado torpes y redundantes, demasiado juveniles.

Un observador tibio y arbitrario

—¿Cómo caracterizaría la personalidad de Felisberto Hernández?

—Un ser concentrado al extremo, un introvertido, susceptible de las mayores inhibiciones. Sus abstracciones provienen de la infancia, para escapar a feroces castigos, perpetrados contra él más que frente a sus hermanos, por una tía abuela a la que temía extraordinariamente. Era capaz de transcurrir horas en un mismo lugar haciendo hablar y moviendo cosas u objetos a los que investía de una figuración recóndita.

Ya, de niño, hacía jugar con sus manos, la imaginación. Era tibio observador del mundo exterior y sus personajes. Por momentos le interesaba algunos pero era para operar con ellos la transformación mágica de la

creación. Entonces se volvía capaz de obsesionarse, cuando sentía que le serían útiles.

Una obra teatral mía lo asombró. No porque la considerara genial, sino porque la dureza y agresividad del personaje, su ímpetu, le extrañaba al entrar en su otro personal conglomerado, contradictorio con el mundo real. Lo dice en carta que publiqué.

Al comenzar a escribir (pese a haber ideado una excelente novela biográfica como fue *Por los tiempos de Clemente Colling*, 1942) no podía sujetar los personajes y transformarlos.

Se iba lejos, imaginaba cosas abstrusas, daba volteretas con ellas, disolviéndolas con su carnadura, antes de la etapa creadora. Tal ocurrió con *El caballo perdido* (1943). Se había propuesto escribir una novela y se enfurecía si yo me arriesgaba a mostrárselo, elogiándole por oposición, la ternura y condiciones menos metafísicas de Colling, más humano que su segundo libro mayor. Él prefería las disquisiciones de *El caballo perdido*. Porque en él reflejaba su propia aventura interior, transformadora e ilusoria. Aunque la metafísica de Felisberto, sus principios y fines, su temporalidad, nada tenían que ver con la metafísica genérica, que va más allá de la filosofía. Una vez me dijo acerca de las caras y retratos de personajes: «*nunca los hice*».

—*En otra ocasión usted señaló que Hernández más que tímido era inhibido.*

—Frente al mundo que le fuera hostil reiteradamente, se formó una caparazón especial. De aquí también que no le interesaban los aspectos sociales, las relaciones políticas del mundo donde vivía y no pudo triunfar mientras existió.

No le agradaba dilucidar problemas sociales. Ni los entendía. Sin embargo, cierta vez aceptó por dinero hablar de la libertad en el arte. Se refería con sentido «idealista» al arte, dentro del cual el mismo Felisberto constituía precisamente el más castigado ejemplo, y la excepción.

En su personalidad abundan los conceptos contrarios y excluyentes; así era de arbitrario pese a su enorme talento.

Amor, contactos y filosofía

—*¿Vivía en un autoexilio de la realidad? Respecto al mundo cultural, ¿establecía correspondencia con otros artistas mientras usted lo trató o, por el contrario, rehuía a quienes pudieran criticar su desconocimiento de obras o autores reconocidos?*

—Experimentaba temor cuando iba a conocer a algún personaje. El caso de la carta que recibe de Jules Supervielle donde éste le pronosticaba que lo suyo (de Felisberto) sería considerado como clásico algún día, le mortificó mucho, porque lo obligó a conocerlo y hasta fue invitado a almorzar en su casa dos veces por semana; pero el beneplácito de Supervielle hacia la obra de Hernández, fácilmente lo obligaron a vencer su natural retracción.

El doctor [Alfredo] Cáceres, el profesor José Pedro Díaz, los profesores [Carlos] Benvenuto y [Luis] Gil Salguero eran sus amigos cuando lo conocí. Él mismo dice respecto a la filosofía, que no la estudió sino que la profundizó en las discusiones de sus amigos del café. Si bien al comienzo iba a las reuniones de la quinta de Vaz Ferreira y se aplicaba a escuchar los conceptos que tan generosamente expandía el Maestro, bastó que advirtiera cierta señal de mofa de alguien al explayar Hernández incorrectamente algún vocablo o giro, para que abandonara de inmediato estas reuniones y las sustituyera por las barras del café.

Leíamos a Bergson, a Freud, a Kafka en casa; pero el estudio de la obra y conceptos ajenos le costaba mucho; leíamos y discutíamos a la par; pero siempre era demasiado lenta la lectura con Hernández, siempre le costaba sumergirse en el yo ajeno. El estudio con él era siempre fragmentario, había que retornar en varias oportunidades a la lectura inicial. Y proporcionarle descanso mental a Felisberto, máxime que venía a visitarme cansado, después del trabajo de control que tuvo en radio, y que lo desangraba verdaderamente.

Utilizó mis relaciones, que eran muchas, valiéndose de mi intervención con Carlos Mastronardi, Ramón Gómez de la Serna, León Benarós, Nicolás Olivari, para hacerles llegar cada uno de sus libros. Lo que le desalentaba era tener que responder cartas y volcar allí opinión estética. La obra ajena le preocupaba sólo incidentalmente. Menos le llegaba la obra poética. Lo que refiere Esther de Cáceres respecto a su obra debe haber sido un intento de corresponder forzosamente a la valiosa ayuda que los Cáceres siempre le prestaron. Ante mí y sabiéndome amiga de Esther, nunca se molestó en expresarse cálidamente acerca de la producción de aquella. Lo mismo ocurría con Supervielle. Creo que le costaba más aún entrar en la poesía que en la prosa.

En cambio, tenía gran preocupación por leer sus escritos a los amigos. O contarlos, como dice el profesor Díaz. Tenía amigos aparte de los ya nombrados y de su tarea cotidiana en casa, que oían con deleite sus narraciones, como Enrique Lentini y Carlos Denis Molina. Y toda la barra de filósofos, que se reunían en el café de la esquina de la Universidad.

Tuvo gran ayuda no sólo de las mujeres de quien creyó enamorarse una y otra vez, sino de amigos que lo promovieron musicalmente, como Venus González Olaza, y de cuantos hicieron desde el comienzo un movimiento en favor del libro sobre Colling, ayudándole incluso financieramente.

Estando con el ánimo tranquilo, era un reverendo comilón. Era célebre su predilección por la costilla con varios huevos fritos o huevos y papas fritas. Era infaltable su cena en casa, para la cual traía siempre una botella de vino.

Escribía hasta la madrugada. O bien leía a veces, en su habitación de una pensión que daba a la calle, donde estaba vedado a su oído musical escribir en proximidad de algún niño barullento acompañado de un temible tambor. De aquí que le cediéramos nuestra casa, muy amplia y tranquila,

para cuando necesitaba escribir o corregir a su gusto. Escribía y se levantaba a menudo entre sus parrafadas.

En cuanto a sus cartas de amor, en las que debe haber creído él también, era más lo que idealizaba y suponía que lo que sentía. No fue capaz de enamorarse a fondo puesto que no podía sacrificarse por nadie. La muerte de Supervielle, la de su nieta quemada en desastroso accidente, le arrancaron expresiones que no eran de dolor. Manifestaba a las claras su deseo de ser escritor para poder pintar lo que creía. No parecía tratarse de él mismo, sino de otro ser.

Estaba a punto de casarse con alguien a quien dirigiera inflamadas misivas, y preguntaba a sus amigos poco antes de la ceremonia: “*Y ahora, ¿con quién me caso? ¿Con ella o con Susana Soca?*”

De aquí que sus amores se extravíen en todos los casos, y sobrevenga la ruptura por cambio fundamental del narrador. Sin embargo, cada ruptura y salida de hogar le dolía muchísimo. Lo encontré desquiciado, después de haber cortado su relación con Amalia Nieto. Bohemio, y arropado con dos buzos en pleno enero. La amistad de González Olaza, quien lo instaló en una pensión próxima al Parque Rodó, lo ayudó mucho. La amistad de mi madre y mía, también.

De los sentimientos y otras inhibiciones

—¿Podría extenderse un poco más en relación con las inhibiciones o timideces de Hernández?

—Era inhibido más que tímido. Abandona a su hija mayor: Mabel Hernández Guerra, y sólo se atreve a reencontrarla a través del conocimiento casual con su esposo. La había dejado de ver, a ella y a su madre, siendo aquella muy pequeña.

En cambio, con Ana María Hernández Nieto se cuidó más. Había sufrido mucho, pero casi nunca podía regresar al hogar que abandonaba. Era la trayectoria que le dejaba su maldita inhibición.

Nunca quiso retratarse a dúo con la mayor parte de sus mujeres. Era otro de sus temores, como si se tratara de un sacrilegio, de alguna superstición.

Sin embargo, quiso retornar conmigo, fracasados otros dos matrimonios. Yo ya había sufrido demasiado. No existía ilusión. Nada más que nuestra vieja correspondencia amistosa. Ella le trajo en los primeros tiempos a casa, a leerme escritos; hasta que en los últimos tiempos se alejó definitivamente.

Siguió viéndome. Apenas llegó de Europa [en 1948] me habló de que contraería enlace con una española, con la cual se casaría por poder [se refiere a África María de las Heras]. Le preocupaba el aspecto formal. Me leyó “El cocodrilo” antes de casarse con ella. Me lo leyó en el café que existía entonces en el Parque Rodó, “El Retiro”, y me dejó deslumbrada. Ya era una obra maestra.

–¿Utilizó el método taquigráfico que él mismo inventara en el tiempo de sus relaciones?

–Considero que el método taquigráfico que él inventara puede haberle servido en las clases de Benvenuto; pero jamás supe de nadie que conociera su método, y que nos descubriera en qué consistía. Debía tratarse de un invento genuinamente específico, tanto como su proceso de creación, arduo y embrollado como pocos. Posiblemente modificara mentalmente muchos de sus signos, creándoles peregrinas equivalencias; nunca explicó a nadie en qué consistía. Quién sabe qué extrañas asociaciones de ideas lo poblarían.

–*La relación con el doctor Alfredo Cáceres se establece, según testimonio de su esposa, a mediados de la década del veinte. Sabemos que Felisberto conoce el psicoanálisis por los estudios de Cáceres, ¿llegó a estudiarlo a fondo?*

–Muchas veces habló de exámenes semejantes practicados por Cáceres o el doctor Berta, pero sonreía con cierta picardía que no llegaba a la malevolencia, pero que era ciertamente crítica. Posiblemente él se habría prestado a ser estudiado así, con dudosos resultados. Se burlaba de su amigo Cáceres porque lo conocía demasiado y lo había visto desplegar varias manías. Por ejemplo, curar casi todos los males con yodo o ejercer la manía de hacer acostar y relajar con todos sus músculos a las personas, con la pretensión de que durmiera casi letárgicamente, poniendo en libertad el subconsciente; la manía de medir escrupulosamente el tiempo, la hora exacta dentro de un período largo.

–¿Leyó a Freud o a alguno de sus discípulos?

–Conmigo, demasiado poco. Me dijo que me traería libros; pero cuando muy seriamente se los reclamé, resultó que no tenía ninguno en su poder. Yo había supuesto que sí, porque él desvalijaba todas las bibliotecas de mi casa, sin que le pidiéramos demasiado la cuenta; pero pronto descubrí que ni él mismo conocía lo que hacía con sus libros. Los perdería en alguna parte. Esto no le ocurría en cambio con sus escritos.

–¿En qué medida incidieron los intelectuales «consagrados» con los que Hernández se conectaba?

–A quienes más asiduamente leyó sus cosas, en mi tiempo, fueron: Supervielle, primero, y yo después, aunque me relegó bastante al aparecer Supervielle.

–¿Supervielle corregía sus textos?

–Una mano extraña sacudiendo su creación hubiera resultado criminal para él. Había que insinuarle los cambios con gran delicadeza y dejarlo en libertad de seguirlos o no. Puede que Supervielle se atreviera en París más que yo anteriormente. A continuación de su trato, aparecen en Felisberto ciertos motivos de madre o padre a hijo más tiernos, aunque en Felisberto siempre

el determinante mayor es la ironía. Sobre todo flota, a veces, alguna ternura “supervielliana” que en Felisberto no se descubría al principio con frecuencia.

En Felisberto siempre la creación sigue caminos muy originales, es confusa: la trama se ve, pero en seguida se borra y multiplica. Su modo de rehacer los originales también es embrollado. Con él, nunca las intromisiones o alusiones resultan directas. Es arduo y trabajoso asimismo el proceso creador del artista. Al final, en París, no por instigación de Supervielle sino por conocer quizá hasta el cansancio motivos de éste, quizá por ósmosis, se perfila cierto parentesco y cierta humanidad que antes no existía.

Música, pensamiento, escritura

–Según Norah Giraldi, Hernández vende su piano en 1942, un año antes de comenzar la relación con usted. Pasarán veinte años para volver a encontrarlo frente al público como pianista ¿Practicó el piano en el período de su vínculo sentimental? ¿A su juicio era un buen ejecutante?

–En casa no existía piano. Me presentaron a Hernández a raíz de un homenaje radial donde interpretó obras que no eran de concierto y para retribuir el homenaje que le hizo un grupo de amigos, quienes me invitaron a concurrir. Conozco poco de música; sólo puedo decir que me agradó escucharlo, pero sin cautivarme en demasía. Fue un acto no precisamente de concierto, sino para el inofensivo público radial. Luego, lo oí imprevistamente tropezar con un piano, y ponerse a interpretar trozos aislados. Me agradó la musicalidad especial que demostraba al arrancar ciertos sonidos o prolongarlos melódicamente. Me agradó eso, pero ya no lo escuché más.

Sé que en Francia, en cafés que no eran de mayor calidad, hubo de ganarse la vida interpretando tangos o música popular rioplatense. Lo hizo para obtener fondos, como lo realizara al comienzo de su vida artística, tocando en los cines de barrio y mirando a un tiempo la película. Amaba el cine desde esos viejos tiempos de pianista de cinematógrafo.

Además, aquí pasó algún tiempo interpretando para alumnos escolares de pueblos de campaña. Pero también interpretó piezas de concierto en Montevideo y en Buenos Aires, con mucho éxito. Pero yo no puedo definir su valor sin entender de música ni haberlo seguido en su evolución pianística siquiera.

–¿Para usted Hernández es un pianista que abandona su vocación firme y manifiesta desde temprana edad (la música) por otra (la literatura) o es un escritor que soslayó su vocación detrás de la música?

–No creo que su vocación firme y manifiesta fuera la música. Creo que se aislaría del mundo detrás del misterio poético de la música y lo que éste despertara en su interior. Necesitaba trabajar y de todo cuando se le presentó a la salida de la escuela donde no fue buen alumno –pese a tener como

maestro a José Pedro Bellan— lo que más pudo cautivarlo para aislarse del mundo real y para sacudir en su interior una poesía que en el libro no había llegado a conocer, fue un excelente material: el estudio pianístico.

—¿Puede señalar las ideas que Vaz Ferreira aportó a los conceptos que manejaba Hernández?

—Excepto la famosa teoría de la libertad —con mayúscula— que Hernández ejercitaba en exclusivo provecho, depuso su adoración por su primer ídolo para endiosar a Supervielle. Su adoración por éste, que mucho podía y que además sabía, aparte de su valor personal, le tomó su exclusivo tiempo.

—Los discípulos de Vaz Ferreira, como Luis Gil Salguero, Carlos Benvenuto, los Paladino, ¿ejercieron alguna influencia en el pensamiento de Hernández?

—Ninguna. En el tiempo en que lo conocí intentaba limpiarse de la filosofía y adquirir elementales conocimientos literarios, que le faltaban por ser su instrucción escolar precaria, saliendo precozmente de quinto año escolar. Y habiendo fallado hasta en su examen de ingreso a Secundaria. No sabía redactar bien siquiera.

—En el prólogo a Felisberto Hernández y yo, usted lo define como «poeta filosófico». ¿Podría extenderse un poco sobre esa noción?

—Lo apliqué, con preferencia, al hablar de *El caballo perdido*. Allí profundiza cosas y voltea seres, cambiándolos profundamente y se interna, como en ninguna otra obra, en el más allá. Por otra parte, en su estudio sobre las cosas, las cambia y estudia en su ser más desnudo y absoluto. Es un poeta que escribe en prosa, pero poeta y profundo en cuanto problema le atañe y resuelve. El filósofo va cediendo su lugar al poeta con sus abismos y profundidades.

—En otra oportunidad usted confesó que extrañó la presencia de Felisberto, pues luego de su alejamiento no leyó con agudeza ni tuvo a alguien que discutiera los libros que aparecían y comentaban.

—Es verdad. Eso fue para mí un terrible desgarramiento, intelectual y sentimental a un tiempo. Me costó mucho aniquilar el recuerdo de aquella época, y parece que a él algo también, pues los primeros tiempos de la ruptura, venía igual a leer y comentar cosas conmigo. Así me leyó a su regreso «El acomodador» y «El cocodrilo», que me deslumbraron, haciéndole muy feliz mi asombro. Entonces percibí que no había conseguido engañarle antes acerca de mi admiración por su obra. Esta ya se había hecho genial, y en ello no había mediado yo para nada: la había traído de Europa.

—¿Recuerda algunos libros que leía o comentaba con más entusiasmo?

–Siempre retornaba a *Materia y Memoria*, de Henri Bergson y *A la búsqueda del tiempo perdido*, de Marcel Proust. Pero su conocimiento de las cosas era siempre fragmentario, y sus lecturas no eran las de un estudioso, sino las de un informante que picotea y por eso, en separadas oportunidades, volvía siempre a los mismos libros. Ni siquiera estando en Francia y asistiendo a clases fue capaz de aprender a hablar en francés. Lo entendía perfectamente, pero no podía pensar ni redactar correctamente en tal idioma. Ni aun en la Sorbona, puede dar su charla en el idioma extraño: requiere de un intérprete y de que Supervielle hable sobre él al auditorio. Cuando se enamora en París, lo hace de una española. Lo mismo debe haberle ocurrido con el inglés, que frecuentó muchísimo menos. Para ir a Inglaterra, cuando lo invitaron allí a dar una conferencia, lo acompañó Susana Soca.

II

TESTIMONIO (Y EXAMEN) DE REINA REYES

“¿Me perdona que le diga que yo también encontré mi Pilar? [...] Se llama Reina Reyes [...] Tengo miedo que sin su magia no pueda hacer nada nunca más”.

Felisberto Hernández a Jules Supervielle (Carta del 10/III/1955).

A principios de enero de 1984 conseguí el número telefónico de Reina Reyes (Montevideo, 1904-1993). Me armé de coraje, la llamé y aceptó recibirme en su domicilio de la calle Joaquín Suárez 2892, justo frente a la plazoleta. Era (es) un edificio de ladrillos vistos, en cuyo cuarto piso Reina vivía en un apartamento donde, treinta años atrás, había compartido una época con Felisberto Hernández.

Pedagoga, profesora del Instituto Normal durante décadas, autora de muchos libros en su especialidad (*Psicología y reeducación de la adolescente, El derecho a educar y el derecho a la educación, ¿Para qué futuro educamos?*, entre otros), Reina Reyes fue, también, legisladora del Partido Colorado Batllismo en los años cincuenta, luego hacia 1971 adhirió al Frente Amplio y, en sus últimos años de vida, durante y después de la infame dictadura (1973-1984) se convirtió en infatigable luchadora por la causa de los derechos humanos, aun a despecho de sus numerosos problemas de salud.

Vivió con Felisberto Hernández entre 1954 y 1958. De eso hablamos a partir de ese día en los años siguientes en muchos encuentros. El presente diálogo se basa, sobre todo, en el primero que mantuviéramos, y recurre e intercala diversos textos, sobre todo los que Reina Reyes publicó –junto a un estudio de Ricardo Pallares– agregando las cartas que le enviara Hernández, con el título de *¿Otro Felisberto?* (Montevideo, Casa del Autor Nacional, 1983, reeditado por Banda Oriental en 1994). Una versión muy reducida de esta entrevista salió en el N° 192 de *El País Cultural*, correspondiente al 9 de julio de 1993.

Vivir en el sótano

–En su ensayo «Mi imagen de Felisberto Hernández» usted plantea que él tenía una personalidad inabarcable a la que era imposible conocer ¿Cómo reconstruirlo y analizarlo después de tantos años ?

–Creo que nadie pudo conocerlo totalmente porque era un ser que se escondía. No era fácil, ni siquiera en la convivencia, poder descifrar lo que él era en sí. Era tímido, tal vez porque no había tenido un reconocimiento importante del medio cultural de su época. El documento en que figuran las firmas de las personalidades más destacadas de nuestra cultura, para darte un ejemplo, fue presentado en seis instituciones estatales con la finalidad de conseguirle algún empleo digno y no hubo respuesta alguna.

“Felisberto Hernández ha realizado a través de su literatura una obra de auténtico valor para la cultura de nuestro país. Sus libros, que han suscitado juicios críticos por la «generosa originalidad» de su creación, han llegado a los medios más importantes del extranjero [...] Todo esto nos mueve a pedir a las autoridades de nuestro gobierno que se le ofrezca a Felisberto Hernández un sitio de labor digno y modesto para que sea continuo el proceso de su creación.
Noviembre de 1955.”

(Firman: Carlos Sabat Ercasty, Alberto Zum Felde, Emilio Oribe, Clemente Estable, Esther de Cáceres, Carlos Vaz Ferreira, Roberto Ibáñez, Carlos María Princivalle y Rafael Ruano Fournier).

Tanto las gestiones como la redacción del documento me pertenecen. Felisberto se asombró de tal manera cuando le mostré el papel con las firmas que se tiró en el suelo y se tomaba la cabeza: «¿Todos esos estuvieron conformes en afirmar esas cosas de mí?». Fijate hasta qué punto se sentía inseguro y temía el juicio de los demás, por otro lado pocos de los firmantes había tenido contacto directo con él.

El cargo que obtuvo en la Imprenta Nacional después de un tiempo, por una vía particular, no tuvo nada que ver con gestiones oficiales, así que no hubo ninguna respuesta que manifestara que existía un aprecio hacia sus valores.

En su vida cotidiana era absolutamente auténtico, en la medida en que nunca disfrazaba su modalidad. Era rarísimo. Supongamos, por ejemplo, que teníamos que salir de casa los dos. Almorzábamos en la Asociación Cristiana de Jóvenes porque en el sótano en que vivíamos no había cocina, y me faltaban a mí algunos minutos para acompañarlo, pero si por el motivo que fuese él no se sentía muy cómodo entonces se iba sin reparar en cortesías. Así vivía en esa forma del egoísmo, en ese autoexilio total de la realidad.

–¿Oí mal o dijo que ustedes vivían en un sótano?

–Vivimos en un sótano oscuro que tenía dos piezas: una que servía de dormitorio y otra que hacía de precario estudio para él. En este último escribió todo el *Diario del sinvergüenza*. Estaba desprovisto de toda luminosidad como no fuera una lamparilla eléctrica. Nunca me pude explicar porqué

quiso vivir ahí, pero él rehuía todo lo que fuera comunicación social y en ese lugar nadie lo iba a buscar. Era una forma de aislamiento, una forma de estar al margen de toda intromisión ajena a lo que estaba haciendo. Nosotros vivíamos en un apartamento en la calle Parva Domus, allí él había conseguido que yo invitara a su madre para vivir con nosotros. Un día conoció el sótano de la casa que habitaban mis hijos y se quedó fascinado. De golpe se mudó para ahí, generándose una situación un poco ridícula: yo iba al apartamento en que vivía su madre y él se quedaba a dormir en el sótano. Eso hizo que yo modificara el lugar, decorándolo con madera y forrándolo con ladrillos para que fuera un espacio agradable. Luego nos mudamos a esta casa cuando una amiga mía, Esterlina Vignart, le consiguió el puesto en la Imprenta Nacional. Como el apartamento quedaba a unas cuadras de su nuevo trabajo y Felisberto era extraordinariamente perezoso, condescendió en mudarse porque así no tenía que tomar un ómnibus.

–Entonces no por azar dedicó a Esterlina Vignart el cuento “La casa nueva”.

–Desde luego.

–¿Esa extranjería de las normas habituales de convivencia se prolongaba en sus actitudes frente al mundo social y político? Se lo pregunto porque es sabido que pronunció por radio algunas charlas de carácter anticomunista, escribió en El Día dos artículos del mismo tenor y, tanto Juan Carlos Onetti como Mario Arregui, aseguraron que era un hombre de ultraderecha.

–En general era un indiferente. Estaba al margen de la realidad tanto cultural como política o social. No obstante, desgraciadamente, aceptó un ofrecimiento que le hizo un grupo anticomunista para unas audiciones radiales, por 1956, las que le eran retribuidas en dólares. Felisberto detestaba el comunismo porque veía en ese sistema la representación del máximo autoritarismo y él siempre fue contrario a toda autoridad. Creo que ese rechazo provenía de su infancia, en la que una tía abuela suya –no su abuela como se ha escrito– lo había educado en medio del terror, despertándolo de mañana con un látigo en la mano. En ese sentido hizo un desplazamiento entre aquella forma de sometimiento y el comunismo, pero estoy segura de que no conocía para nada ni el marxismo ni el leninismo.

–¿Cómo era la relación de Hernández con su madre en la época en que usted lo conoció?

–Habría que haberlo conocido desde muy temprano y yo tomé contacto con él cuando ya pasaba los cincuenta años. Pero el hecho de que sus cuatro matrimonios, incluido el mío, fueran destruidos por ella, explica hasta qué punto tenía influencia sobre su hijo. Cuando vinimos a vivir a esta casa, Felisberto dijo: “*¿Vamos a traer también a mamá?*”. A eso me negué terminantemente. En otra oportunidad me confesó: «*Cuando se muera mamá voy a tener un enorme arrepentimiento porque no deseo estar con ella*».

Tenía una ambivalencia de sentimientos, se sentía atraído por la madre y al mismo tiempo la rechazaba.

“[Felisberto] era el hermano mayor, el preferido de mi madre, una mujer autoritaria [...] Las mujeres que vivieron con él veían al artista y no veían al hombre, tampoco sabían seguirlo. Eran así todas las mujeres autoritarias como mi madre. Él era en el fondo un niño apegado a la madre, con la que se profesaban un cariño enfermizo. Veía que él buscó para esposas a mujeres que se parecieran a la madre, como forma de identificación con esa figura edípica». (Testimonio de Deolinda Hernández, hermana del escritor, en «Felisberto de la calle cortada», Luis Neira, en: *El Día*. Suplemento Dominical, 5/IV/1981, pág. 3).

La modalidad de un escritor raro

—¿La invención de un sistema taquigráfico propio agudizó ese distanciamiento con la realidad?

—Lo encerró en su mundo creativo con furor. Cuando Avenir Rossel estudió su método taquigráfico, afirmó que no servía como sistema universal. Felisberto lo empleó siempre en el período de nuestra convivencia, los pocos libros que leyó los anotaba al margen con señales taquigráficas, lo poco que le vi escribir (como *Diario de un sinvergüenza*) lo escribió originalmente en taquigrafía.

“Felisberto estableció contacto platónicamente con la Taquigrafía; quiero decir, que su interés por ella está exento de todo lucro: no hizo aplicación profesional del conocimiento: sólo le interesaba su energía cultural” (“Las Taquigrafías de Felisberto”, Avenir Rossel, en *Revista de la Biblioteca Nacional*, N° 22, 1986, pág. 44).

Debo aclarar que mientras vivió conmigo no leía prácticamente nada. Recuerdo que leyó *Modos de pensamiento*, de Whitehead, inducido por mí hacia las consideraciones sobre el discurso escrito que hay en ese libro. Y muy poco más.

—¿En qué medida incidió la relación con el psiquiatra Alfredo Cáceres para el descubrimiento del psicoanálisis?

—En primer lugar había una amistad muy grande con Alfredo y con su mujer la poeta Esther de Cáceres. De algún modo él fue el primero que descubrió a Felisberto, fue quien financió la edición de *Por los tiempos de Clemente Colling*. Felisberto concurría a las clases que dictaba Cáceres y a veces lo acompañaba al Vilardebó, su opinión fue siempre decisiva para la marcha de nuestro matrimonio porque Felisberto lo escuchaba con devoción.

«[...] en los primeros años de nuestra amistad, y ya publicados sus primeros cuentos, respondía con aire terco y desolado a los elogios que lo señalaban como pianista excelente: «¡Yo quiero ser escritor!»». («Testimonio sobre Felisberto Hernández», Esther de Cáceres, en *Felisberto Hernández: notas críticas*, Montevideo: F.C.U., 1970, pág. 7).

El cuento «El balcón» tal vez se origine en la historia de una paciente suya del Vilardebó, pero Felisberto alcanzó a tener nociones del psicoanálisis

a partir de esas clases, no porque hubiera leído a Freud, cosa que por lo menos yo nunca lo vi hacer.

“Conocí a Felisberto Hernández en el año 1946, antes de su viaje a Europa [...] Nos veíamos semanalmente en la casa del Dr. Alfredo Cáceres quien ofrecía a un grupo reducido de amigos clases de psicología al margen de escuelas [...]” (“Mi imagen de Felisberto Hernández”, Reina Reyes, en *¿Otro Felisberto?*, Ricardo Pallares/ R. Reyes, Montevideo: Casa del autor nacional, 1983, pág. 32).

–Tanto usted como Felisberto mantuvieron con el Dr. Carlos Vaz Ferreira una relación estrecha. Pero el vínculo fue diferente, usted más atenta a las propuestas pedagógicas del filósofo, Felisberto buscando la integración de partes del sistema a sus formas de pensamiento ¿Llegaron a integrar esos polos de interés ?

–Yo sé que Felisberto se conectó con Vaz Ferreira muy tempranamente, hacia 1922, cuando se enteró que el juicio del maestro era favorable para él. Pero en realidad nunca se vinculó íntimamente con el filósofo. Pudo concurrir alguna vez a su casa y tocar el piano con esa gracia tan particular que ponía en sus ejecuciones, eso sí. En el tiempo de nuestra relación jamás hizo una visita a lo de Vaz Ferreira y eso que yo iba semanalmente a verlo. No creo que Felisberto conociera a fondo su obra, sí podría mencionar sus lecturas de *Lógica viva*, tal vez de *Fermentario*, lo cierto es que lo había escuchado durante mucho tiempo en la Cátedra de Conferencias que Vaz Ferreira tuvo durante años en la Universidad. Ahí se le acercó un día para saludarlo y, más tarde, se vinculó con sus discípulos: Luis Gil Salguero, Carlos Benvenuto, Spencer Díaz. Con ellos alternó en charlas de café que le fueron muy beneficiosas pues lo llevaron al plano filosófico, pero siempre con esa manera de pensar que significaba para él reproducir la máxima fundamental de Vaz Ferreira: “No pensar por sistemas sino por ideas a tener en cuenta”.

“Es la una y trece minutos. Estoy en un café que queda donde empieza la feria de los domingos. Frente a la Universidad. Te diré que yo no estudié filosofía en la Universidad sino frente a la Universidad. En este café [...] Yo venía a este café sabiendo que en él se reunían algunos muchachos que «eran» mucho antes de su fama; era muy difícil encontrar muchachos que supieran tanto, que no pelearan demasiado por la diosa-perra de la celebridad: [...] Gil Salguero, Carlos Benvenuto, Julio y José Paladino, Wafler y otros, muy pocos” (F. Hernández a Paulina Medeiros, carta de 1943, en *Felisberto Hernández y yo*, Paulina Medeiros, Montevideo: Libros del Astillero, 2a. ed., 1982, págs. 44-45).

–En un apartado de Fermentario (1938), que se titula «Sobre estética», Vaz Ferreira afirma que el músico necesita estudiar reglas mientras que el creador literario debe hacerlo guiado por la intuición. Hernández tiene un texto, «Una carta», en el que parece seguir las proposiciones anteriores porque, al tiempo que reconoce su ignorancia de «los clásicos, el idioma, medios gramaticales o de formas. Sé bien que esto último podría despreciarse después de conocerlo. Soy muy egoísta y me cuesta

mucho salirme de mí mismo». Usted dijo que Hernández practicaba con paciencia en el piano. ¿Esa disciplina y sistematicidad tenía el mismo rigor en la literatura?

–Según lo que se entienda por sistemático. Solía reiterar un pasaje de una obra musical hasta el cansancio, hasta lograr sonoridad y capacidad interpretativa. Si bien recomendaba la lectura de Vaz Ferreira no lo seguía al pie de la letra. Sus borradores están llenos de repeticiones, tachaduras, notas. Jamás fue disciplinado, escribía cuando se le daba la gana y generalmente en un café, la mayoría de las veces interrumpido por el deseo de comer. Por eso está muy bien que en el *Diario del sinvergüenza* hable de la disociación entre el cuerpo y «ella», la cabeza.

El comilón

– *Según parece que para comer sí era muy sistemático.*

–Era un glotón incontenible. Una vez fuimos con los Cáceres a Buenos Aires, cenamos en un restaurante y Felisberto, como siempre, pidió algo – un bife, no recuerdo qué– acompañado con papas fritas. Los platos estaban tan bien servidos que ninguno de nosotros pudo terminarlos. Salvo Felisberto que se comió el suyo y lo que dejamos los demás. Cuando Esther vio eso se asustó. En un momento que estuvimos solas me dijo que, cuando volviéramos a Montevideo, tenía que hablar conmigo. Una vez que regresamos me llevó a un médico al que le explicamos el caso. Esto se lo oculté a él porque se hubiera negado terminantemente a dejar de comer, pese a su evidente obesidad. El doctor me dio unas pastillas que Felisberto tenía que tomar en las comidas. Con Esther nos confabulamos y le dijimos que eran para facilitar la digestión. Pero lo peor fue que cada día comía más, hasta el colmo de que un mediodía me dijo: «*Cuando veas a Esther agradecele las pastillas: ¡Cómo me despiertan el apetito!*».

Nunca recorrí tantos cafés de Montevideo como en esa época, sobre todo uno bien chiquito que había en la calle Cuareim y Colonia, otro en Rondeau. Quedaban cerca de lugares donde yo trabajaba; él se instalaba allí porque eso permitía que nos viéramos a la salida de mis clases. Cuando llegaba, él estaba completamente solo y apartado en algún rincón.

“Había gente, cerca, y no quería que me vieran el alma desnuda, que es tuya. Ocurrió en este café de Uruguay y Rondeau. Aquí vendré todas las mañanas por si me quieres llamar a tu lado [...]” (Carta de F. Hernández a R. Reyes, 1/X/1954, en *¿Otro Felisberto?*, op. cit., pág. 18).

“Felisberto no tenía sentimientos profundos que lo vincularan a otros o se defendía de ellos por miedo a sufrir; una anestesia afectiva lo replegaba dentro de sí” (“Mi imagen de F. H.”, Reina Reyes, op. cit., pág. 31).

Un escritor maldito

–Le dolía mucho que no reconocieran su talento. Una vez fuimos a la editorial Sudamericana en Buenos Aires con la intención de adquirir algún ejemplar

sobrante de *Nadie encendía las lámparas* (1947). Nos encontramos con que la edición estaba casi intacta en el depósito, una década después de editado no se había vendido nada. Así que compré una cantidad de ellos y los repartí entre los amigos.

Tenía una enorme timidez, en parte porque temía los juicios desfavorables. Los de Emir Rodríguez Monegal le hicieron mucho daño.

“Era pequeño, sonriente, con una expresión cómica. Nadie lo habría creído un gran amor y sin embargo circuló airosamente por cuatro matrimonios e incontables amistades íntimas [...] Cuando publicó en 1947 Nadie encendía las lámparas [...] me animé a escribir una reseña para la revista Clinamen [...]. Eso bastó para que la capilla me contara, inmerecidamente, entre los peores enemigos de Hernández y para que el propio autor (con un sentido del grotesco que era envidiable) fingiera ante mí un terror sacrosanto”. (“Un escritor original”, Emir Rodríguez Monegal, en *El País*, Montevideo, 26/I/1964, pág. 8).

Era un ser original. Las personas corrientes no nos damos cuenta de que nos movemos en una expresión oral de conceptos. Por ejemplo, digo «la caja» y hablo del concepto de «caja» que elaboré, porque he visto muchos objetos de ese modelo. En Felisberto no se daba eso, él no usaba los conceptos que distinguía la relación de multiplicidad de objetos que se comprenden dentro del mismo concepto, sino que en cada objeto veía lo singular. Describía «la caja» a través de sus dimensiones, sus dibujos, todo aquello que veía y las impresiones que en él causaba el objeto. Parecía prescindir de las vivencias múltiples y variadas que nos llevan al concepto.

“Defendía el valor de la realidad en sus mínimas expresiones [...] «La realidad es más rica que la imaginación», repetía con él Reina Reyes con gran entusiasmo en rueda de amigos en el Sorocabana” (“Mis recuerdos”, Ana María Hernández Nieto, en *Escritura*, Caracas, Nos. 13/14, enero-dic. 1982, pág. 338).

–Hay un texto decisivo para la concepción del relato de Hernández que él escribió mientras vivía con usted, me refiero a “Explicación falsa de mis cuentos”, que salió en la revista Entregas de la Licorne (1955).

–La historia de ese texto puede dar una muestra de la personalidad de Felisberto. En 1955 asistió a la Conferencia de la UNESCO en Montevideo el destacado crítico y estudioso francés Roger Caillois. En una de las sesiones concurrimos los dos, cuando le presentaron a Felisberto, Caillois dijo: “*Yo no me voy del Uruguay sin que usted me explique cómo escribe sus cuentos*”. A la salida del Palacio Legislativo, donde se desarrollaba la asamblea, volvimos a casa caminando. Entonces Felisberto dijo bastante fastidiado: “*Estos franceses, todo quieren explicarlo*”. Y yo: “*¿Por qué no escribes eso mismo?*”. Cuando llegamos a casa me senté y le pedí que me dictara lo que pensaba. Fue dictada por él y escrita por mí casi sin que le introdujese correcciones, lo recuerdo muy bien.

Los adioses

–*Ustedes se separaron en 1958 ¿Luego se siguieron viendo?*

–Sí, muchísimas veces. Cuando estaba ensayando para hacer la parte musical de la obra *Caracol, col, col*, con Club de Teatro, yo iba a los ensayos aunque en ese momento había sufrido un accidente, estaba enyesada y parecía –dijera la directora del Instituto Normal– la estatua de la Libertad. Me acuerdo muy bien de la fecha, fue en noviembre de 1958, el año en que perdió el batlismo, y yo decía: primero me fracturé yo y después el batlismo.

Aún en esas condiciones salíamos, a veces, a cenar juntos. Cuando le preguntaba qué pensaba de lo nuestro, él me respondía: “*Lo nuestro es indestructible, esto es para siempre. Pero yo tengo que vivir con mamá*”.